

OLVIDAR A BAUDRILLARD: SAWICKI, BUTLER Y PRECIADO COMO LECTORAS DE FOUCAULT

Camilo Retana Alvarado*

Universidad de Costa Rica - Universidad Nacional de La Plata

RESUMEN

En este artículo confronto dos formas de aproximación a los textos foucaultianos: una de orden primordialmente exegetico en la que se enfrentan dichos textos a partir de la impronta de encontrar en ellos un sistema filosófico, y otra de carácter ético/epistémico en la que se aborda el corpus foucaultiano como un conjunto de conceptos y criterios analíticos útiles para la acción política. Para ello comparo obras en las que se plasman ambas estrategias de lectura. En el primer caso analizo el famoso ensayo de Jean Baudrillard *Olvidar a Foucault* y en el segundo la utilización que Jana Sawicki, Judith Butler y Beatriz Preciado han hecho de la obra foucaultiana en algunos de sus libros para analizar problemas filosóficos relacionados con el género y la sexualidad. Finalmente, argumento en favor de la tesis de que privilegiar una estrategia de lectura como la de Sawicki, Butler y Preciado nos llevaría, antes que a olvidarnos de Foucault, a olvidar a Baudrillard.

PALABRAS CLAVE: Foucault, teoría de género, teoría *queer*.

ABSTRACT

«Forgetting Baudrillard: Sawicki, Bultler and Preciado read Foucault». In this article I confront two ways of approximation to the Foucauldian texts: one primarily exegetic in which such texts are confronted based on the impression of finding in them a philosophical system, and another one of ethic/epistemic character in which the Foucauldian corpus is presented as a sum of concepts and analytical criteria useful for the political action. For this I compare works in which both strategies of reading are presented. In the first case I analyze the famous rehearsal by Jean Baudrillard *Forget Foucault* and in the second case the use that Beatriz Preciado, Judith Butler and Jana Sawicki have made of the Foucauldian work in some of their books to analyze philosophical problems related to the gender and sexuality. Finally I argument in favor of the thesis that privileging one strategy of reading as Butler's, Preciado's and Sawicki's would lead us, before forgetting Foucault, to forget Baudrillard.

KEY WORDS: Foucault, gender studies, *queer* theory.



Leer un texto nunca es un ejercicio erudito en busca de significados, y todavía menos un ejercicio altamente textual en busca de un significante, es un uso productivo de la máquina literaria [...] que desgaja del texto su potencia revolucionaria.

Deleuze y Guattari, *El antiedipo*

INTRODUCCIÓN

En los textos foucaultianos abundan referencias sobre el modo en que el propio Foucault deseaba que los lectores se acercaran a sus textos. Antes que aproximaciones de índole estrictamente hermenéutica, Foucault desafiaba continuamente a quienes se interesaban en su obra a ver en esta no una filosofía sino una caja de herramientas¹. Su vacilante rechazo hacia el quehacer filosófico tiene origen precisamente en un afán de evitar los efectos prescriptivos propios de muchos discursos socialmente acreditados, incluido el discurso filosófico académico. Pero reclamar una fidelidad a esa indicación foucaultiana no solamente sería un contrasentido porque implica respetar la figura del autor (esa figura tan hábilmente criticada por el propio Foucault), sino también porque conlleva una fidelidad con un modo de hacer teoría que justamente busca evitar cualquier forma de lealtad de parte de sus lectores. De lo que se trataría no sería, pues, de ser más o menos fiel a lo que Foucault habría querido que se hiciera con sus ideas, sino de profanarlo. Como las máquinas deseantes de Deleuze y Guattari, las herramientas foucaultianas sólo se pueden medir por sus efectos.

De hecho, los textos de Foucault han sido objeto de apropiaciones y citaciones de toda índole, en una gama que va desde lecturas que intentan interpretar y esclarecer algunos núcleos de sus obras, hasta lecturas que se sirven de estas para analizar problemáticas de la más diversa índole. No está de más decir que en el caso de estas segundas nos encontramos con libros con diversos resultados y calidades, así como con múltiples móviles políticos². En ese marco, me interesa oponer en este artículo dos criterios de ingreso —si se quiere contrapuestos— a los textos foucaultianos: por un lado, el expuesto en el célebre ensayo de Jean Baudrillard *Olvidar a Foucault*, y por el otro, el desarrollado en las obras de algunas autoras/activistas interesadas en

* Este trabajo forma parte del proyecto «La filosofía de Judith Butler: una relectura crítica de la constitución del sujeto» (UBACyT/2010-2012) que dirige la Dra. María Luisa Femenías.

¹ Entre las múltiples referencias de Foucault a su propia obra como una caja de herramientas (metáfora, por cierto, tomada de Wittgenstein), puede verse M. FOUCAULT, *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1979, p. 88.

² Aunque resulte paradójico, diversas corrientes conservadoras han leído y utilizado a Foucault para justificar sus posiciones. Para una discusión sobre las recuperaciones conservadoras de Foucault en Francia, véase D. ERIBON (ed.), *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*. Buenos Aires, Letra Viva y Edelp, pp. 12-21; para un análisis del mismo tipo en los Estados Unidos, puede verse D. HALPERLIN, *San Foucault. Para una hagiografía gay*. Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007, p. 22.

socavar críticamente prácticas de poder vinculadas al género, la sexualidad y el deseo. En orden a desarrollar este último punto analizaré algunas de las apropiaciones de Foucault que, con todo y sus diferencias y particularidades, han llevado a cabo Jana Sawicki, Judith Butler y Beatriz Preciado.

1. EL FOUCAULT DE BAUDRILLARD: UN SEDUCTOR MENTIROSO

En pleno auge de la producción foucaultiana, y justo un año después de la publicación del primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, Jean Baudrillard publicó un polémico ensayo criticando a Foucault. La sugestiva invitación de Baudrillard a «olvidar a Foucault» se basaba en la tesis de que, a pesar de la seducción de su escritura, «el discurso de Foucault es el espejo de los poderes que describe»³. Según Baudrillard, Foucault se detiene en su crítica genealógica frente a una última espiral del poder, la del simulacro, y en ese sentido su noción de poder se limitaría a tomar el lugar del deseo psicoanalítico. El desplazamiento foucaultiano del modelo represivo a una manera de entender el poder como fuerza productiva (idea que Foucault había venido defendiendo en sus cursos del Collège de France⁴ pero que acababa de presentar a un público más amplio con la publicación de *La voluntad de saber* y de *Vigilar y castigar*) implicaría que Foucault había hecho del deseo un «prolongamiento fantasmático de la propiedad privada»⁵, en nombre del cual persistía un último mandato: el de administrar el capital libidinal propio. De ahí la persistencia de un cierto carácter prescriptor, tan similar a una ética del deber ser que, según Baudrillard, se encuentra presente en la sugerencia implícita de Foucault según la cual cada quien tendría que administrar su cuerpo, su libertad y su inconsciente. En opinión de Baudrillard, Foucault no habría hecho más que dar una vuelta de tuerca más a la vieja premisa ética de salvar el alma. La reformulación foucaultiana de aquel vetusto mandato únicamente comportaría un cambio de acento: en lugar de abocarnos a salvar nuestra alma, Foucault nos invitaría a salvar nuestro cuerpo y nuestro sexo, administrando el gasto que hacemos de ellos⁶. Además, la crítica de Baudrillard busca ser extensiva a *El Anti Edipo* de Deleuze y Guattari⁷. Tanto en Foucault como en estos últimos autores, Baudrillard ataca una supuesta ausencia de radicalismo que les lleva a conservar algunos núcleos de las teorías que critican. Al calificar esas críticas de «parciales» (así cataloga Baudrillard la crítica edipiana de

³ J. BAUDRILLARD, *Olvidar a Foucault*. Valencia, Pre-textos, 1994, p. 10.

⁴ Véase, por ejemplo, M. FOUCAULT, *Los anormales. Curso en el Collège de France (1975-1975)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002. Asimismo, véase M. FOUCAULT, *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. México, Fondo de Cultura Económica, p. 221.

⁵ J. BAUDRILLARD, *op. cit.*, p. 35.

⁶ *Ibidem*, p. 32.

⁷ G. DELEUZE y F. GUATTARI, *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós, 1985.





Deleuze y Guattari) se denuncia una especie de resto que estas mantienen, y que en el caso de Foucault se reflejaría nada más y nada menos que en su concepción del poder. En opinión de Baudrillard, la concepción foucaultiana del poder, al igual que la concepción deleuziana del deseo, sólo deconstruye parcialmente aquello que critica, con lo cual se mantiene en el plano de lo molecular lo que se critica en el plano de lo estructural. Incluso Baudrillard llega a afirmar que «el poder en Foucault sigue siendo una noción estructural»⁸, aseveración difícilmente defendible si reparamos en el hecho de que los trabajos foucaultianos siguen una lógica nominalista, a partir del cual el poder no es más que lo que debe ser explicado en el marco de una práctica específica, y no ningún significante privilegiado, como lo quiere Baudrillard. La crítica de Baudrillard apunta, por lo tanto, a señalar una supuesta inconsecuencia entre la crítica al estructuralismo y la manutención de ciertos criterios estructuralistas utilizados en el análisis foucaultiano del poder.

Como modo de evitar esas presuntas limitaciones del enfoque foucaultiano/deleuziano Baudrillard propone que el asunto del poder sea subsumido dentro de la problemática de la seducción⁹. Entendido el poder como un giro más en el ciclo de intercambios y ciclos de la seducción, la conclusión de Baudrillard es que el poder es algo difuso y acaso sin importancia:

La intrincación del proceso de seducción en el proceso de producción y de poder, la irrupción de un mínimo de reversibilidad en todo proceso irreversible, que lo arruina y desmantela en secreto, y que al mismo tiempo asegura ese contínuum mínimo de goce que lo atraviesa, sin el que no sería nada, he ahí lo que hay que analizar¹⁰.

En suma, *Baudrillard considera como problema aquello en lo cual la crítica foucaultiana se focaliza.*

Sin embargo, tal y como lo argumentaré más adelante, lo interesante de la crítica foucaultiana es lo que puede ser dicho a partir de ella. Aún más, el vigor de la empresa foucaultiana depende de que sus análisis se extrapolen a dominios extraños para el propio Foucault. Por ello, más allá de la consistencia o inconsistencia de las críticas baudrillardianas, así como de la pertinencia de las alternativas teóricas que ellas presentan, me interesa analizar acá el lugar epistémico desde el cual se enuncian dichas críticas. Baudrillard parece particularmente interesado en detectar inconsistencias y límites en lo que asume como una teoría del poder. Pero no obstante, si bien los textos foucaultianos resisten un análisis de ese tipo, su éxito tendría que medirse en otra parte. Al respecto indicaba Foucault en una entrevista de 1978:

⁸ J. BAUDRILLARD, *op. cit.*, p. 55.

⁹ Baudrillard define la seducción como «lo manifiesto, el discurso en lo que tiene de más 'superficial', lo que se vuelve contra el imperativo profundo (consciente o inconsciente) para anularlo y sustituirlo por el encanto y la trampa de las apariencias» (J. BAUDRILLARD, *De la seducción*. Madrid, Cátedra, 1981, p. 55). Para una caracterización más detallada de esa noción, *ibidem*, pp. 55-58.

¹⁰ J. BAUDRILLARD, *op. cit.*, 1994, p. 69.

Puesto que nunca sé, cuando comienzo un trabajo, qué pensaré al concluirlo, me resulta difícil señalar con claridad qué método empleo. Cada libro mío es un modo de desmontar un objeto y construir a tal fin un método de análisis. Una vez terminado el trabajo, ciertamente puedo, de una manera más o menos retrospectiva, extraer una reflexión metodológica a partir de esa experiencia [...]. Por lo tanto, yo no construyo un método general, definitivamente válido para mí o para otros. Lo que escribo no prescribe nada ni a mí ni a los demás. A lo sumo, su carácter es instrumental, y soñador¹¹.

En otro lugar, Foucault habla de la posibilidad de establecer «indicadores de elecciones» que expliquen el rumbo que se ha decidido tomar en una investigación determinada¹². Con ello subraya el hecho de que sus libros, aun cuando carecen de reglas metodológicas, no están desprovistos, sin embargo, de elecciones político/epistemológicas: nada más lejano de Foucault que la neutralidad ética. Lo que sucede es que esas elecciones no son solamente teóricas, ya que la teoría expresa y despliega unas determinadas elecciones ético/políticas. Por eso, la acusación de Baudrillard según la cual la escritura de Foucault es demasiado hermosa para ser cierta, no parece tener claro el sentido de la apuesta metodológica que critica, en la medida en que esta no tiene como objetivo la consecución de una verdad filosófica ni transhistórica, sino el desvelamiento de cómo unas categorías y unas prácticas han llegado a ser históricamente posibles.

El desliz central del abordaje baudrillardiano de Foucault consistiría en evaluar la caja de herramientas como si se tratase de un sistema filosófico. La lectura baudrillardiana de la concepción foucaultiana del poder busca detectar inconsistencias argumentativas y limitaciones —lectura, por supuesto, perfectamente válida—, pero no repara en que la pregunta verdaderamente esencial que reclama dicha concepción es hasta qué punto resulta útil a la hora de diseñar una estrategia capaz de revertir una determinada práctica de poder en una relación dada.

Desde un punto de vista adverso al de Baudrillard, y siguiendo la premisa foucaultiana de que «el método, al fin y al cabo, no es más que una estrategia»¹³, diversos autores y autoras, así como múltiples tendencias teóricas, han abordado en las últimas décadas la obra de Foucault como marco para pensar problemáticas culturales y para diseñar estrategias de lucha contra el poder. Dos —entre varias— de esas recuperaciones son las que han sido llevadas a cabo desde el ámbito de los estudios de género por un lado, y desde la teoría *queer* por el otro. La importancia de Foucault para este grupo de autoras reside en el hecho de que sus textos plantean ideas y conceptos útiles para desmontar algunas prácticas de poder que involucran el género, la sexualidad y el deseo. Dentro de la vasta lite-

¹¹ D. TROMBADORI, *Conversaciones con Foucault. Pensamientos, obras, omisiones del último maître-à-penser*. Buenos Aires, Amorrortu, 2010, p. 43.

¹² M. FOUCAULT, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 16.

¹³ R. POL-DROIT, *Entrevistas con Michel Foucault*. Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 74.



ratura feminista y *queer* que se sirve de Foucault, quisiera comentar brevemente las apropiaciones que realizan Jana Sawicki, Judith Butler y Beatriz Preciado de algunos elementos foucaultianos en sus obras para, finalmente, contraponerlas con la lectura baudrillardiana de Foucault.

2. EL FEMINISMO CRÍTICO DE SAWICKI

Es bien sabido que el feminismo norteamericano, teóricamente hablando, tiene una deuda importante con la filosofía francesa. Además del interés más obvio en Simone de Beauvoir, recientemente las filosofías norteamericanas han sido influenciadas por una serie de autoras francesas como Wittig e Irigaray, así como por pensadores como Derrida y el propio Foucault. Una de esas lecturas de Foucault (no demasiado difundida, aunque no por ello menos sugerente) es la que realiza la feminista norteamericana Jana Sawicki¹⁴.

El interés de Sawicki por Foucault parte de la presunción de la autora de que algunas de sus ideas podrían resultar útiles para desarrollar un feminismo radical pluralista. En su opinión, muchas de las encrucijadas y callejones sin salida del feminismo podrían ser revisados a la luz de postulados foucaultianos, sin que ello signifique ningún tipo de reverencia ni de lectura «fiel» a las obras de Foucault, ni una renuncia a los postulados feministas. A partir de la convicción de que «el discurso de Foucault invita a su propia crítica», Sawicki procede a mostrar cómo Foucault «puede ser usado para apoyar luchas políticas liberadoras específicas, a saber, luchas por la libertad sexual y reproductiva»¹⁵. En orden a interceder en un conjunto de debates entre distintas posturas feministas, Sawicki realiza una serie de operaciones teóricas que reivindica como foucaultianas, en la medida en que rechazan los esencialismos y las ortodoxias políticas.

Las «herramientas» puntuales que Sawicki utiliza de Foucault son las siguientes: 1) la idea de que el poder no se posee sino que se ejerce, 2) la tesis según la cual el poder es productivo y no meramente represivo, y, finalmente, 3) la idea de que el poder no es «algo» que emana de una fuente centralizada hacia abajo, sino que tiene lugar en conjuntos de relaciones que se desarrollan en un plano microfísico. A partir de estas herramientas, Sawicki procede a desmontar algunos debates dentro del feminismo con el ánimo de mostrar cómo diversos focos de atención podrían ser desplazados y cómo varios supuestos esencialistas enmarcan, en su criterio, de forma indebida, ciertos dilemas feministas. Puntualmente Sawicki interviene en cinco polémicas: 1) el debate entre el feminismo blanco de clase media y las feministas negras y de zonas periféricas que denuncian los efectos negativos de un feminismo

¹⁴ Sawicki se formó en filosofía en la Universidad de Columbia y es profesora de feminismo y filosofía continental en el Williams College de Massachusetts.

¹⁵ J. SAWICKI, *Disciplining Foucault. Feminism, Power and the Body*. Londres y Nueva York, Routledge, 1991, p. 8. Esta y las sucesivas citas del texto de Sawicki son traducciones propias.



que no reconozca diferencias étnico-raciales¹⁶, 2) el debate en torno a la conveniencia de centralizar las luchas por la liberación sexual femenina a partir de una teoría englobante, 3) la polémica en torno a los alcances de la teoría de Chodorow sobre la maternidad, 4) la discusión a propósito de la relación entre feminismo y tecnologías reproductivas, y 5) la polémica en torno a la utilización adecuada de la noción de identidad dentro del feminismo.

En su utilización de Foucault, Sawicki no pretende, contrariamente a Baudrillard, dar con un sistema teórico a partir de cuya aplicación se solucionarían automáticamente los problemas filosóficos. De hecho, Sawicki llama la atención (simultáneamente a Butler, aunque con menos difusión posterior que ella) sobre la deseabilidad de un feminismo que, con Foucault, rehuya los cierres definitivos. Por ello, el feminismo de Sawicki subraya la importancia de rastrear genealógicamente los conceptos utilizados por las mujeres en sus luchas. Por ejemplo, en el caso del concepto «mujer», Sawicki sostiene la tesis (hoy difundida) de que las diferencias entre distintas mujeres (gestadas a partir de su extracción de clase, su etnia, etc.) no tienen por qué significar una desventaja para el feminismo (si es que cabe, en el marco propuesto por la autora hablar de *un* feminismo) y que es posible articular luchas sociales aun con un sujeto feminista no homogéneo. Asimismo, y siempre desde una perspectiva foucaultiana, la autora afirma que la consecuencia de politizar las diferencias asumiéndolas como potencialmente constructivas conduce a rechazar visiones de «lo» femenino como una especie de sustancia homogénea; visiones curiosamente compartidas a menudo por tendencias opuestas a lo interno del feminismo, como es el caso, según Sawicki, de las feministas estadounidenses liberales y las radicales, las cuales divergen en una serie de puntos pero convergen en sus visiones esencialistas de la femineidad¹⁷. En ese mismo sentido, Sawicki llama la atención sobre los peligros que conlleva asumir acríticamente asociaciones entre la femineidad y otros conceptos igualmente esencializados como «maternidad». Para la autora, es deseable que los movimientos de mujeres no identifiquen el poder de forma monolítica con una sola institución. Analizar el poder en términos genealógicos implicaría, por el contrario, estar alerta de la mutabilidad de las prácticas de dominación y posibilitaría que las injusticias sean enfrentadas sin importar dónde tengan lugar¹⁸. De ahí que la autora sea crítica de posiciones que descalifican a priori los avances tecnológicos calificándolos de perjudiciales para las mujeres. Puntualmente, Sawicki arremete contra quienes descartan precipitadamente un uso potencialmente positivo de las tecnologías reproductivas por considerar dichas técnicas un modo de intervención

¹⁶ Para un análisis actualizado sobre las relaciones entre multiculturalismo, posmodernidad, estudios poscoloniales y feminismo, véase M.L. FEMENÍAS, *El género del multiculturalismo*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

¹⁷ Al respecto anota Sawicki: «como Ann Ferguson ha señalado, [esos dos puntos de vista] involucran teorías universalistas de la sexualidad, esto es, ambos cosifican la sexualidad ‘masculina’ y ‘femenina’ y no reparan en que la sexualidad es un constructo histórica y culturalmente específico» (*op. cit.*, p. 30).

¹⁸ *Ibidem*, p. 96.





masculino en el cuerpo de las mujeres. La posición de Sawicki en este respecto es que ese rechazo es inaceptable en tanto suscribe una falsa dicotomía entre naturaleza y tecnología que reproduce el lugar común patriarcal a partir del cual se identifica el cuerpo femenino con la naturaleza y «lo» masculino con la tecnología. Así, «lo que hace a las nuevas tecnologías reproductivas especialmente peligrosas para las mujeres no es tanto que estas objetiven y fragmenten procesos corporales, sino que están diseñadas e implementadas por expertos en contextos en los que la autoridad científica y médica es ejercida con atención insuficiente a los prerequisites para una decisión democrática»¹⁹.

A partir de estas críticas, Sawicki pretende contribuir a un feminismo auto-crítico capaz de repensar continuamente sus supuestos y de burlar sutiles mecanismos de poder que florecen a la luz de supuestos ontológicos que pueden pasar fácilmente inadvertidos para una episteme poco avezada en la autocrítica.

Vale aclarar que Sawicki no ve en Foucault un autor feminista. De hecho, reconoce sin ambages las limitaciones de algunos enfoques foucaultianos e invita, no sin espíritu crítico, a usar a Foucault en contra de sí mismo. En ese sentido sostiene que la visión foucaultiana de la desobjetivación como forma de resistencia es inadaptable al feminismo: «mientras que el rechazo de sí puede ser una práctica apropiada para un hombre intelectual blanco privilegiado como Foucault, es menos indiscutiblemente estratégica para las feministas y otros grupos desempoderados»²⁰. Del mismo modo, Sawicki considera importante no suscribir completamente el antihumanismo foucaultiano, de modo que se conserven mínimos ontológicos que permitan orientar las luchas feministas (aspecto en el que se revela una divergencia importante entre Judith Butler y Sawicki). En orden a no caer en un hipercriticismo que conlleve a una parálisis política, pero al mismo tiempo en función de no recaer en un esencialismo acrítico, Sawicki recomienda no desechar completamente el uso de las categorías que se someten a una revisión crítica, en el entendido de que a asumir un punto de vista genealógico «no requiere que abandonemos la apelación a los estándares normativos contenidos en las teorías emancipadoras tradicionales»²¹.

En los debates que aborda, Sawicki llama la atención sobre la importancia de revisar los conceptos que se utilizan para las luchas feministas, sin embargo, esa revisión teórica debe buscar anclarse siempre en los desafíos específicos que el sistema de dominación patriarcal impone a las mujeres. De este modo, la teoría no soslaya analizar los procesos transformadores del presente, pero tampoco esos procesos realizan la teoría ni la «superan» (como en otras tradiciones críticas), sino que siempre tienen algo más que decir sobre las relaciones de poder que emergen al término de una lucha social, o bien en el curso de la misma. Frente a las inconsistencias y las limitaciones de Foucault, Sawicki opta por tomar lo que le resulta útil del autor para los debates internos y las luchas del feminismo y deja de lado el

¹⁹ *Ibidem*, p. 91.

²⁰ *Ibidem*, p. 106.

²¹ *Ibidem*, p. 14.

resto, a sabiendas de que es enteramente legítimo hacer una «genealogía del genealogista» y de que, «en tanto crítico comprometido, el genealogista no trasciende las relaciones de poder»²². De modo tal que las insuficiencias que Sawicki detecta en las obras foucaultianas no la hacen retroceder. Lejos de sentirse ahuyentada por dichas insuficiencias, como quizá le ocurre a Baudrillard (no sin algo de nostalgia por las grandes teorías y las explicaciones omniabarcativas), Sawicki selecciona y recompone categorías, potenciándolas.

3. DESHACERLE EL GÉNERO A FOUCAULT

Judith Butler destaca hoy día como una de las teóricas con más presencia internacional. Sus trabajos, primero como teórica feminista (o posfeminista) y luego como filósofa política, recurren a diversas fuentes, como la propia tradición feminista, el posestructuralismo y el psicoanálisis. Dentro de este espectro de fuentes de los que Butler se sirve, Foucault tiene un especial protagonismo. Al igual que en el caso de Sawicki, Butler recurre a un Foucault muy particular con el fin de revigorizar algunos debates y revelar ciertas aristas descuidadas por los modos clásicos de plantear problemas vinculados al género y también al deseo. Sería objeto de un trabajo aparte identificar todas las apropiaciones que Butler realiza de Foucault, en la medida en que al ser este uno de sus referentes teóricos centrales podrían detectarse rastros de procedimientos y conceptos foucaultianos en muchos de sus argumentos y de sus planteamientos teóricos. Por ende, acá me interesa destacar más bien cuál es el tipo de gestualidad teórica a partir del cual Butler recupera a Foucault, para lo cual proporcionaré tres ejemplos en los cuales dicha gestualidad tiene lugar.

Una primera utilización butleriana de Foucault es la que echa mano de su genealogía²³. En un procedimiento que a decir verdad tiene tanto de beauvoiriano como de foucaultiano (a pesar de que Butler reconozca únicamente lo segundo), la autora procede en *El género en disputa* a realizar una genealogía de la noción de sexo. En su opinión, la crítica beauvoiriana dejaría un resto cogitativo cartesiano, y aun apropiaciones audaces de Beauvoir como la de Wittig conservarían el cuerpo sexuado como una substancia naturalizada que debería conservarse²⁴ —nótese el paralelismo de esta crítica butleriana con la posición antiesencialista del feminismo de Sawicki—. Esta crítica a una supuesta metafísica de la substancia subyacente en las posiciones feministas se opone, según Butler, a la revisión crítica que Foucault realiza en sus trabajos sobre sexualidad en torno a la categoría de sexo. Partiendo de Foucault, Butler plantea que la propia anatomía sexuada es un producto contingente que surge a partir de relaciones históricas. Según Butler, el poder funciona,

²² *Ibidem*, p. 50.

²³ Butler reivindica explícitamente la genealogía como recurso filosófico en *Gender Trouble* —en lo sucesivo me remito a la versión castellana: J. BUTLER, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós, 2007, específicamente pp. 37-38.

²⁴ *Ibidem*, p. 77.



en relación con el sexo, creando matrices de inteligibilidad que registran algunas pocas identidades como válidas, y a partir de esas coordenadas se modelan cuerpos que resultan legibles en desmedro de otros que corren la suerte contraria:

Según Foucault, el cuerpo no es «sexuado» en algún sentido significativo previo a su designación dentro de un discurso a través del cual queda investido con una «idea» de sexo natural o esencial. El cuerpo adquiere significado dentro del discurso sólo en el contexto de las relaciones de poder. La sexualidad es una organización históricamente concreta de poder, discurso, cuerpos y afectividad. Como tal, Foucault piensa que la sexualidad genera el «sexo» como un concepto artificial que de hecho amplía y disimula las relaciones de poder que son responsables de su génesis²⁵.

Aun cuando Butler matice más adelante varias de las tesis que desarrolla en *El género en disputa*, lo cierto del caso es que este planteamiento en particular se sostendrá a lo largo de sus libros posteriores. De hecho, Butler seguirá invitando ulteriormente, de forma casi programática —como lo muestra el título de uno de sus libros—, a «deshacer el género»²⁶, una invitación que parte de Foucault, pero que sin duda va más allá de él, en la medida en que el interés de este por los temas feministas fue marginal, por no decir prácticamente inexistente. En algún sentido este giro, que podríamos considerar posfoucaultiano, consiste, de hecho, en «deshacerle el género» a Foucault. Allende la pertenencia que esta posición pueda tener para las luchas feministas en los diferentes sitios en los que estas tienen lugar (pues es evidente que su propuesta, aun cuando resulta teóricamente atrevida en un contexto como el norteamericano, puede llegar a resultar contraproducente políticamente hablando para las reivindicaciones de ciertas mujeres en otros contextos geopolíticos), hay que subrayar que Butler hace un esfuerzo por abrir las reflexiones feministas sobre el sexo a un espectro más amplio, contribuyendo a formular en clave teórica algunas de las ideas de los movimientos *queer*. Incluso fuera del ámbito del género, Butler también ha recuperado a Foucault con el fin de politizar otros mecanismos de constitución de la subjetividad, como lo hace, por ejemplo, en *Giving an Account of Oneself*²⁷.

De esta forma, la autora pone en acción una de las tácticas foucaultianas como lo es el rechazo de los esencialismos a la hora de analizar saberes específicos como la psiquiatría, la criminología y la medicina, en un campo ajeno a estos: el género. Al igual que Sawicki, Butler parte de la idea de que Foucault ofrece insumos para analizar las formas de dominación que involucran a las mujeres, pero además traslada los conceptos y procedimientos foucaultianos incluso al campo *queer*, pese a que ninguno de estos dos ámbitos fueran trabajados por el propio Foucault.

²⁵ J. BUTLER, *op. cit.*, 2007, p. 194.

²⁶ J. BUTLER, *Undoing Gender*. En lo sucesivo remitiré a la traducción castellana: *Deshacer el género*. Barcelona, Paidós, 2004, p. 13.

²⁷ En adelante haré referencia a la traducción castellana: J. BUTLER, *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires, Amorrotu, 2009.



Una segunda apropiación butleriana de Foucault (tamizada, como la propia Butler lo reconoce, por su interés en Hegel) consiste en su apelación a la historia en búsqueda de separarse de un enfoque estructural. En sus distintos libros y artículos, Butler se interesa por criticar la reificación de significantes presociales que a menudo postula el estructuralismo (el gran Otro y el falo lacanianos, el incesto en Lévi Strauss, el Edipo en las versiones estructuralistas del psicoanálisis, etc.²⁸). Del mismo modo, en el volumen escrito conjuntamente con Slavoj Žižek y Ernesto Laclau, Butler se diferencia de una izquierda contemporánea formalista renuente a historizar sus propias reivindicaciones (a pesar de rechazar en ese mismo libro el título de historicista²⁹). Esta posición, claramente influenciada por el denominado nominalismo foucaultiano, busca rechazar la utilización de conceptos vaciados de contenido histórico concreto. A partir de su vena hegeliana, Butler considera que todo concepto no sólo se inscribe y emerge a partir de procesos históricos, sino que además considera, como ya se mencionaba arriba, que son dichos procesos históricos los que instauran el horizonte mismo de inteligibilidad en una determinada cultura. De este modo, al igual que Foucault, Butler suscribe una especie de escepticismo posestructural historizante que pone su atención en las prácticas de poder microsociales y en la reconstrucción genealógica de discursos históricamente situables, antes que en la construcción de edificios teóricos que comprenden la realidad a partir de estructuras que la anteceden.

En este mismo sentido, lo que quizá constituye la aportación butleriana más difundida, esto es, su teoría de la performatividad³⁰, también surge parcialmente de su sagaz lectura del pensamiento de Foucault. En efecto, aun cuando en *Excitable Speech: A Politics of the Performative*³¹ Butler reivindique la génesis de su teoría de la performatividad como austiniana, lo cierto es que utiliza las ideas de Foucault como marco general para dicha construcción. Así, la concepción foucaultiana del poder como ejercicio sirve como telón de fondo a la tesis butleriana según la cual el poder que sujeta es también el poder que posibilita la emergencia del sujeto, pues si el poder fuese una esencia (tesis que precisamente Foucault se encarga de criticar pormenorizadamente) su realización no dependería de factores contingentes. Con

²⁸ Véanse: J. BUTLER, *Cuerpos que importan*. Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 33-39; *op. cit.*, 2004, pp. 217-228 y pp. 107-114.

²⁹ Véase la crítica butleriana a Žižek y a Laclau en J. BUTLER, E. LACLAU y S. ŽIŽEK, *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 33-42.

³⁰ Femenías define la performatividad butleriana como «aquello que impulsa y sostiene la realización gracias a un proceso de iterabilidad o de repetición constreñida a ciertas normas, que Butler deriva del principio de inteligibilidad de occidente (o sexo binario) [...]. A juicio de Butler, la repetición instituye un sujeto a la vez que es su condición de temporalidad. No se trata de un acto singular o de un acontecimiento sino de una producción ritualizada, de una reiteración ritual bajo y mediante ciertas condiciones de prohibición y de tabú, que nunca determinan al sujeto por completo» (M.L. FEMENÍAS, *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Buenos Aires, Catálogos, 2003, pp. 114-115).

³¹ Utilizo acá la traducción castellana del texto (realizada, dicho sea de paso, por la propia Beatriz Preciado junto con Javier Sáez): J. BUTLER, *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid, Síntesis, 2004.



Foucault, Butler considera el poder no una esencia sino una práctica; por lo tanto, la norma jamás se realiza por completo, gestándose así la posibilidad para el fallo en su cumplimiento y eventualmente la posibilidad de su fracaso. En esta medida, tanto en relación con la dominación como en relación con la liberación, cabe hablar de prácticas antes que de estados permanentes³². De este modo, Butler se sirve de la concepción foucaultiana del poder para plantear estrategias específicas de liberación ligadas a la citación, la subversión paródica y la repetición resignificadora. En plena coherencia con su filosofía, el estilo de escritura butleriano rehúye la cita, vigorizando así el potencial de apropiación y resignificación de su propio pensamiento. De hecho, Butler pareciera menos interesada en venerar autores y autoras que en utilizarles —de ahí la crítica de Nussbaum según la cual nuestra autora no se ocupa de articular las diferentes matrices teóricas que utiliza—³³. Sin embargo, cabe señalar que probablemente se trate de una «insuficiencia» voluntaria a la que a Butler le interesa sacar provecho, convirtiendo el gesto de la citación, no sin influencia hegeliana, en un procedimiento en sí mismo articulante. Así, Butler cita constantemente a Foucault en ciertos contextos, pero no lo hace cuando atribuye un linaje a su teoría de la performatividad, aun cuando la influencia foucaultiana en dicha teoría sea manifiesta³⁴.

Un último recurso foucaultiano utilizado por Butler que quisiera destacar acá, y que considero que condiciona buena parte del resto de sus apropiaciones del pensador francés, es su comprensión de la labor crítica. Siguiendo a Foucault, Butler considera que el autocuestionamiento tiene que convertirse en una «consecuencia ética de la crítica»³⁵. Butler reivindica este modo de entender la actividad filosófica desde *El género en disputa*, donde señala que su propio trabajo emerge de las preocupaciones de los movimientos sociales de los que ha formado parte³⁶. En su opinión, la interrogación filosófica necesariamente involucra al sujeto filosofante (cosa que ocurrió, por cierto, desde siempre en los distintos feminismos), un sujeto que, de hecho, no es anterior a la interrogación filosófica misma, y que se pone a sí mismo en riesgo en el acto de criticar. Así como Foucault renegaba del «momento cartesiano» a partir del cual «se admitió que lo que da acceso a la verdad, las condiciones según las cuales el

³² Cfr. la diferencia que Foucault establece en la entrevista *L'éthique du souci de soi comme pratique de la liberté* entre «prácticas de libertad» y «procesos de liberación» —traducción castellana: *La ética del cuidado de sí como práctica de libertad*, en M. FOUCAULT, *Obras esenciales*. Barcelona, Paidós, 2010, p. 1028—.

³³ M. NUSSBAUM, «The professor of parody: The hip defeatism of Judith Butler». *The New Republic*, vol. 22 (1999), pp. 37-45.

³⁴ Véase, sobre todo, *Michel Foucault, una entrevista: sexo, poder y política de la identidad*, entrevista en la cual Foucault señala que «la resistencia siempre se apoya en la situación que combate» (M. Foucault, *Obras esenciales*. Barcelona, Paidós, 2010, p. 1052). Foucault alude explícitamente a la noción de performatividad en contraposición a la *parrhesía* griega en M. FOUCAULT, *El gobierno de sí y de los otros (curso en el Collège de France: 1982-1983)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 77-84.

³⁵ J. BUTLER, *op. cit.*, 2009, p. 38.

³⁶ J. BUTLER, *op. cit.*, 2004, pp. 19-20.

sujeto puede tener acceso a ella, es el conocimiento, y sólo el conocimiento»³⁷, Butler reivindica una actividad crítica que hace del autocuestionamiento un ejercicio útil para la teoría, o, dicho de otro modo, un autocuestionamiento que es en sí mismo un momento de la teoría. Foucault, por su parte, habló en varias ocasiones de sus libros como un modo de aventurarse y como parte de una búsqueda de transformación de sí mismo. Esto explica el porqué de que Butler no se ocupe de los mismos problemas que Foucault: en la comprensión compartida por ambos acerca del significado de la actividad crítica, esta surge como parte de esfuerzos por resistir a prácticas de poder situadas y no, como ocurre con el filósofo cartesiano, de las elucubraciones de una *res cogitans* divorciada del mundo. De este modo, toda vez que el contexto de ambos filósofos/as no es el mismo, sus focos de análisis tampoco pueden serlo. Así, una de las tesis que intento defender acá es que Butler —al igual que Sawicki y Preciado— sería «foucaultiana» (si se me permite la expresión) en la medida en que comparte con Foucault una gestualidad crítica, *mas no su itinerario temático*³⁸. Así, Butler no se esfuerza por construir una versión orgánica de Foucault, ni por evitar combinarlo con otros autores en principio incompatibles con él (como ocurre por ejemplo con su intento, no demasiado logrado, de combinar a Foucault con el psicoanálisis), ni por completar o aclarar las lagunas de su pensamiento, sino más bien por resignificarlo a partir de nuevos contextos, dándole frescura a un pensamiento que, de quedar en manos únicamente de los exégetas y los expertos, correría la suerte deseada por Baudrillard; es decir, sería olvidado fácilmente.

4. FOUCAULT: UN AUTOR PRECIADO

Así como Foucault ha sido utilizado en el ámbito feminista, sus textos han inspirado una reciente y prolija producción de textos provenientes de la teoría *queer*, entre los que se cuentan, además de las obras de Judith Butler, las de Beatriz Preciado. En línea con Sawicki y Butler, el pensamiento de Preciado también busca sacar provecho de las ideas foucaultianas relacionadas con la construcción sociohistórica del cuerpo. Inscrita como Butler en el ámbito de la teoría *queer*, Preciado privilegia una lectura deleuziana de Foucault en lugar del Foucault más hegeliano que aparece en la obra butleriana. De ahí que las referencias de Preciado a la obra de Foucault se focalicen en su comprensión microfísica del poder, en su noción de biopoder y en la dimensión tecnológica a partir de la cual se construyen la subjetividad y el placer.

³⁷ M. FOUCAULT, *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France (1981-1982)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 36.

³⁸ Por «itinerario temático» entiendo el conjunto de recortes que un autor o autora realiza para circunscribir sus objetos de estudio. En el caso de Foucault, coincidir con sus propios recortes no sería más «foucaultiano» que coincidir con sus procedimientos teóricos (entendidos en sentido amplio como un conjunto de gestos crítico/hermenéuticos: labor genealógica, historización de conceptos, deconstrucción de significantes sedimentados, etc.).





Hay que decir que el Foucault de Preciado es aún menos sistemático que el de las autoras antes comentadas y que, en esa medida, su lectura es quizá la más sui generis (aunque quizá también la menos rigurosa), pues apela a nociones foucaultianas a partir de una red categorial que, como las propias redes categoriales foucaultianas, no aspira a fundar una filosofía (lo cual no significa que esté desprovista de una orientación político/ideológica). Así, si las lecturas de Foucault llevadas a cabo por Sawicki y Butler resultan heterodoxas, la de Preciado constituye una auténtica profanación que, en el acto mismo de «deshonrar» a Foucault, le saca provecho incluso a su biografía: «es hacia finales de los años setenta cuando Foucault vuelve obsesivamente a la idea de técnica ¿demasiado Canguilhem o demasiado *fist-fucking* en las *backrooms* de San Francisco?»³⁹. La respuesta a esta pregunta, como veremos, tiene para Preciado importantes consecuencias.

En efecto, una de las principales características de su obra es su adhesión a la idea foucaultiana del libro como experiencia y no como el producto de una reflexión cartesiana. Dando un paso más allá que Butler, Preciado entiende la producción filosófica como una especie de laboratorio. *Testo yonqui*, por ejemplo, arranca describiéndose a sí mismo como: «un ensayo corporal [...] o una autoteoría»⁴⁰. El texto entero resulta de los experimentos que Preciado lleva a cabo con su cuerpo a partir de la utilización de la testosterona, en un traslape de pensamiento y autotransformación que bebe de la idea foucaultiana de la filosofía como experiencia. Así, Preciado recoge el punto de vista epistemológico del feminismo (del cual proviene) según el cual la teoría surge como una forma de práctica, pero a ello añade la idea foucaultiana de que la producción teórica debe transformar al sujeto que teoriza. De ahí que la pregunta por el origen —bio(biblio)gráfico— del concepto foucaultiano de técnica no sea una simple curiosidad: para Preciado los conceptos han de emerger de las experiencias mismas. A partir de su marcado interés por Deleuze, Preciado asume el acto de la lectura como una manera de poner a fluir los conceptos y de conectarlos con prácticas, de forma tal que ambos (conceptos y prácticas) se potencialicen. En ese sentido, Preciado reconfigura la noción foucaultiana de biopolítica de modo tal que la provee de actualidad filosófica. Mientras que Foucault, como estilaba hacer, utilizara la noción de biopolítica para analizar procesos históricos (siempre, por supuesto, con un ojo puesto en el pasado y otro en el presente⁴¹), Preciado apela a ese concepto para caracterizar los regímenes de poder propios de la contemporaneidad. En lugar de remitirse a la Antigua Grecia, Preciado combina la noción de biopolítica con la emergencia de una serie de procesos históricos recientes que tienen como punta de lanza la intervención química sobre los cuerpos y la intervención pornográfica

³⁹ B. PRECIADO, *Manifiesto contrasexual*. Barcelona, Paidós, 2011, p. 243.

⁴⁰ B. PRECIADO, *Testo yonqui*. Madrid, Espasa Calpe, 2008, p. 15.

⁴¹ El uso foucaultiano de la noción de biopolítica se despliega sobre todo en M. FOUCAULT, *La voluntad de saber*. México D.F., Siglo XXI, 2005, (especialmente en su último capítulo), así como en M. FOUCAULT, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.

sobre el deseo para construir la categoría de «farmacopornografía»⁴². En la opinión de Preciado —emulando la teoría de la performatividad butleriana—, los regímenes «farmacopornográficos» no sólo constituyen las coordenadas dentro de las cuales se ejerce el poder moderno, sino que también conforman el suelo del que emergen las posibilidades de trastrocamiento del poder sobre los cuerpos. En este sentido, y a contrapelo de cautela foucaultiana a la hora de pronunciarse sobre el presente, Preciado no tiene reparos en estudiar las técnicas de poder propias de la actualidad⁴³. Así, si bien Preciado historiza algunas de las técnicas que analiza, también se ocupa de identificar las modalidades de su ejercicio presente. Los propios libros de Preciado constituyen en este sentido una muestra de las subversiones corporales que están teniendo lugar en la actualidad y que ella pretende tanto analizar como ejemplificar.

La propia noción de técnica también es objeto de una curiosa apropiación por parte de Preciado. No olvidemos que, a pesar de que Foucault admite el carácter polisémico del término en cuestión (habrían, según él, al menos cuatro clases de técnicas: tecnologías de producción, tecnologías de sistemas de signos, tecnologías de poder y tecnologías del yo⁴⁴), sus análisis se distancian del modo canónico de entender lo técnico (dentro de su tipología, la segunda clase de técnica, es decir, lo tecnológico entendido como opuesto a la naturaleza). Tecnología en Foucault, designa, de este modo, los procesos mediante los cuales ora se ejerce dominación sobre el sujeto, ora el sujeto mismo lleva a cabo sobre sí una serie de operaciones para transformarse con el fin de alcanzar sabiduría, felicidad o bienestar. Preciado, sin embargo, se aprovecha tanto de la acepción foucaultiana como de la acepción común de técnica como lo opuesto a la naturaleza, traslapando en sus libros ambos significados, y dotando el concepto en cuestión de una riqueza que por sí misma no está ni en la concepción foucaultiana ni en la concepción más difundida del término. A partir de esta noción ampliada de técnica (deudora no menos de Donna Haraway que de Foucault⁴⁵), el concepto le es útil a Preciado para analizar la gestación del placer femenino heterosexualizado, entendido como un resultado de la combinación de técnicas relacionadas con la represión de la masturbación por un lado y de las técnicas de curación de la histeria por otro⁴⁶. Pero además, esta acepción de técnica le permite a Preciado analizar la construcción de una pornotopía como la de *Playboy* —entendida como un conjunto de técnicas subjetivo/arquitectónicas

⁴² B. PRECIADO, *op. cit.*, 2008, p. 32.

⁴³ Al respecto señala la autora: «si es verdad que [...] el análisis de Foucault [sobre los dispositivos de control sexopolítico] aunque histórica y cronológicamente inexacto, parece críticamente agudo, no es menos cierto que esta perspicacia se hace menos intensa a medida que se acerca a las sociedades contemporáneas» (*ibidem*, p. 66).

⁴⁴ Al respecto véase M. FOUCAULT, *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona, Paidós, 2008, p. 48 y ss.

⁴⁵ Como se sabe, Donna Haraway problematiza desde un punto de vista feminista la frontera entre tecnología y naturaleza, argumentando que los organismos cibernéticos han hecho explotar la frontera entre lo maquínico y lo orgánico. Véase D. HARAWAY, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra, 1995.

⁴⁶ B. PRECIADO, *op. cit.*, 2011, pp. 77-111.





dirigidas a la construcción de una masculinidad farmacopornográfica⁴⁷, así como desmantelar —sobre todo a partir de la acepción harawaydiana del término— el debate construccionismo versus esencialismo. En este último caso, Preciado se separa de Foucault (y se acerca, por cierto, no sólo a Haraway —como la propia autora reconoce— sino también a Butler —en la medida en que apela a una comprensión performativa de la noción en cuestión—) para entender lo técnico como lo opuesto a lo natural, y por lo tanto como anterior a cualquier materialidad biológica dada⁴⁸. Esta ambigüedad conceptual, palmariamente aprovechada por Preciado, supone entonces una utilización del concepto foucaultiano de técnica que le permite desdoblarse analíticamente no sólo ampliando sus alcances sino también proveyéndolo de una utilidad analítica en relación con fenómenos del presente.

Por otra parte, Preciado extrapola también el análisis filosófico/arquitectónico que Foucault llevara a cabo a propósito de las prisiones en *Vigilar y castigar* para interpretar a Hugh Hefner —editor de la revista *Playboy*— «como pop-arquitecto y al Imperio Playboy como una oficina multimedia de producción arquitectónica»⁴⁹. En el que quizá sea el texto más decepcionante de los publicados por Preciado hasta ahora (en la medida en que su decodificación de Hefner y de Playboy guarda un extraño silencio en lo tocante al modo en que la arquitectura Playboy incluye un arquetipo de feminidad que refuerza el imaginario patriarcal), su libro *Pornotopía* se aventura a analizar de qué modo el imperio massmediático conformado por Playboy es un intento de repensar la oposición público/privado en la Estados Unidos de la Guerra Fría, así como una apuesta por un modelo de masculinidad pornotópica —con tintes distópicos— que tiene en un Hugh Hefner postrado en una deprimente cama giratoria e inmovilizado por una lumbalgia y por el exceso de anfetaminas, su modelo. A pesar de lo interesante que pueda resultar el análisis que Preciado lleva a cabo de la dimensión arquitectónica del imperio Playboy, hay que decir que su libro es débil a la hora de comparar el modelo de masculinidad del soltero propuesto por Playboy con el modelo de feminidad que promulgaba el feminismo de la misma época, pues omite el hecho de que la masculinidad hefneriana buscaba perpetuar las relaciones de dominación de los varones sobre las mujeres mientras que el feminismo buscaba revertirlas. La utilización que Preciado hace de Foucault en este caso traspola su análisis a propósito de los dispositivos de vigilancia y control al ámbito massmediático, pero pierde de vista el eje falocéntrico que articula el emporio Playboy (eje que probablemente requiere de un análisis feminista que vaya más allá de Foucault). Sin embargo, de nuevo, es este un ejemplo de cómo Preciado desplaza categorías foucaultianas de sus contextos originales para utilizarlas en contextos contemporáneos, en los que esas categorías adquieren una nueva vigencia y un nuevo sentido distinto al original. A partir de su infidelidad a Foucault, Preciado

⁴⁷ B. PRECIADO, *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la guerra fría*. Barcelona, Anagrama, 2010.

⁴⁸ B. PRECIADO, *op. cit.*, 2008, pp. 145-146.

⁴⁹ B. PRECIADO, *op. cit.*, 2010, p. 16.

no se lamenta por las limitaciones foucaultianas, sino que procede a aprovechar los resquicios dejados por sus libros para sacarlos de los estantes calmos de las bibliotecas y llevarlos al mundo social. Así, la autora encuentra en Foucault un autorpreciado.

5. OLVIDAR A BAUDRILLARD

Las lecturas de Sawicki, Butler y Preciado, sin referirse a Baudrillard, lo enfrentan. Mientras que Baudrillard arremete contra las elecciones epistemológicas realizadas por Foucault, las autoras mencionadas se alejan de ese movimiento algo policíaco, y proceden, independientemente de la atinencia que atribuyen a esas elecciones foucaultianas (las cuales muchas veces critican), a reproducir el gesto crítico que las mismas despliegan. Mientras Baudrillard critica aquello en lo cual Foucault focaliza sus análisis, Sawicki, Butler y Preciado desplazan sin ambages ese foco de interés a los ámbitos en los que a ellas les parece que la crítica foucaultiana resulta pertinente. De modo tal que del ejercicio de confrontar a Baudrillard con Sawicki, Butler y Preciado resulta no sólo una polarización de orden hermenéutico, sino también de orden político, en la medida en que ambas posiciones difieren no únicamente en su modo de interpretar los textos sino además en la utilización ética de éstos. En esta medida creo que las lecturas de Sawicki, Butler y Preciado resultan más adecuadas que la lectura de Baudrillard.

Por otra parte, en la obra de las autoras mencionadas hay interpretaciones y adaptaciones tan interesantes como políticamente sugerentes de la obra de Foucault, y sus lecturas, equivocadas o no, parten de luchas específicas que tienen como horizonte transformaciones sociopolíticas. De este modo, Sawicki con su llamado a la autocrítica feminista, Butler con su versión de la genealogía de los géneros, y Preciado con su utilización del Foucault disciplinario y biopolítico, han contribuido a vigorizar un pensamiento que se fosilizaría de no ser por esos impulsos que lo revitalizan. En el análisis de algunas de esas versiones feministas *y/o queer* de las tesis foucaultianas, muchas veces las autoras citadas se ven compelidas a utilizar a Foucault en contra de sí mismo, pues, finalmente, al estar situado, como cualquier pensador, en un contexto, Foucault cargó con sus propios prejuicios y miopías. Eso, sin embargo, no lo convierte en un autor caduco, pues es justamente a partir de los vacíos que deja un aparato teórico, que se puede seguir pensando *con él*.

Otra suerte corren las lecturas que esperan encontrar en un autor una teoría por fin completamente abarcativa y sin lagunas. Acaso sean justamente esas lecturas las que tendríamos que olvidar.

